

Telepatía, semiótica y alteridad: sueño y terror de la comunicación total

Luis Pablo Francescutti Pérez¹

Enviado: 07/03/2022 / Aceptado: 26/04/2022

Resumen. De la mano de las neurociencias y de internet, la telepatía ha salido del olvido y vuelve a plantear la posibilidad de la transmisión extrasensorial del pensamiento. Sin embargo, la mera idea de una comunicación sin mediaciones —nunca confirmada de modo fidedigno— niega la semiosis social tal como la entiende la Escuela de Tartu, definida por la necesidad de códigos y de la interpretación de los mensajes, en suma, por la inevitabilidad de la mediación. Partiendo de la hipótesis de que dicha especulación puede ayudarnos a entender las expectativas colectivas ante la sociedad de la información, este artículo muestra cómo el diálogo de mente a mente fue imaginado primero como un doble fantasmal del telégrafo sin hilos y de la radiofonía después; y concluye que los discursos sobre la telepatía fusionan un viejo anhelo de comunión plena con el Otro con los temores al avasallamiento de la personalidad generados por los *mass media* y las industrias de la conciencia.

Palabras clave: telepatía; comunicación total; semiótica; alteridad.

[en] Telepathy, semiotics and otherness: dream and terror of total communication

Abstract. Rescued from oblivion by the internet and neurosciences, telepathy once again raises the issue of thought-transmission. The hypothesis about communication without mediation – to date, never scientifically proven – contradicts the principles of semiotics of culture developed by the Tartu School, namely: the necessity of codes and interpretation; in brief: the inevitability of mediation. With the aim of probing this contradiction, this article shows how the presumed mind-to-mind communication presented itself as the wireless telegraph ghostly double, and secondly as the radio broadcasting double. It concludes that telepathy, epitome of barrier-free communication, can be understood as the symptom of an ancient cultural yearning for a full communion with the Other, mingled with fears to mind intrusion created by mass media and the consciousness industry.

Key Words: telepathy; total communication; semiotics; Otherness.

Sumario: 1. Introducción. 1.1. Marco teórico y objetivos. 2. Análisis. 2.1. El surgimiento de un concepto y sus precedentes. 2.2. La telepatía como radio mental. 2.3. Telepatía e informacionalismo. 4.2. Guerra fría y fantasmas de la comunicación. 5. Discusión: el sueño de la comunicación sin mediaciones. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Francescutti Pérez, L. P. (2022), Telepatía, semiótica y alteridad: sueño y terror de la comunicación total, en *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación* 27, 71-85.

¹ Universidad Rey Juan Carlos
E-mail: luispablo.francescutti@urjc.es

1. Introducción

La creencia en la telepatía, la comunicación directa entre mentes humanas, se resiste a desaparecer. Internet y al avance de la neurociencia han estimulado nuevos experimentos que no han arrojado resultados concluyentes (Moulton y Kosslyn, 2008; Rabeyron, 2020); sin embargo, y pese a la falta de evidencias de su existencia, la telepatía tiene una conspicua presencia en la cultura de masas, siendo un ingrediente habitual en los espectáculos de los mentalistas (Green, 2019), en programas infantiles como *Teletubbies*, o en las novelas de Stephen King, entre otras ficciones sobre poderes psíquicos, aparte de los textos académicos relativos a los fenómenos “psi”. Existe, por lo tanto, un cuerpo de discursos sobre la transmisión del pensamiento que merece la atención de la mediología por lo que trasluce de la comunicación y sus tecnologías.

En esos discursos se centrará este trabajo para explorar la problemática semiótica que suscita la hipótesis telepática y las connotaciones culturales de la idea de comunicación total. Mostraremos que se trata de la expresión moderna de un antiguo anhelo de comunión plena con el otro, cuyo recorrido arroja luz sobre la historia de la comunicación masiva y ayuda a entender la expectativa en una comunicación sin mediaciones alimentada por la ideología de la sociedad de la información (Breton, 1992), plasmada en la creencia en una inmediatez de la comunicación que posibilitaría una sociedad transparente y armónica².

1.1. Marco teórico y objetivos

Existen historias de la comunicación masiva consistentes en el encadenamiento de hitos tecnológicos (el telégrafo, la radio, la televisión, internet...) y sus respectivos efectos en el público (la obra de Marshall McLuhan ofrece un ejemplo representativo de ellas). Y hay otras historias que enseñan cómo las cadenas de la causalidad se conjugaron con las disposiciones ideológicas, las expectativas culturales y las prácticas de las audiencias para empujar a los adelantos técnicos por derroteros imprevistos y, en buena medida, contingentes. En otras palabras: dan cuenta del adelanto técnico ligándolo a las ideas o especulaciones que configuraron el imaginario de los *mass media*.

Nos referimos a las reflexiones de Philippe Breton (1992) acerca del utopismo de pensadores como Norbert Wiener; a las apreciaciones de Armand Mattelart (2002) del rol de la racionalidad en el control social a través de los circuitos de comunicación; a la tesis de James Carey (1989 y 2009) sobre la función ritual de los medios en la construcción de la realidad simbólica; al impacto cultural del telégrafo al separar el contacto físico directo entre dos interlocutores según Rod Giblett (2008); a la matriz sansimoniana del concepto de redes descubierta por Pierre Musso (1997); y, muy especialmente, al ansia de una comunicación que franquee el abismo que separa al Yo de los otros y conjure el solipsismo del alma que no puede salir de sí misma,

² Con otro enfoque teórico, la misma creencia ha merecido la atención de Bolter y Grusin (1999). En su análisis de la doble lógica de la remediación subrayan la aparente contradicción entre la búsqueda incesante de una mayor inmediatez y la progresiva dependencia de una hipermediación (la realidad virtual sería un ejemplo paradigmático). Los autores sitúan el origen de esa lógica en la perspectiva lineal renacentista y la demanda de expresiones artísticas vez más “realistas”.

cuya genealogía John Durham Peters (1999) remonta a Platón y que culmina en los intentos por hablar con máquinas, animales y alienígenas en el siglo XX.

Mas circunscritos al objeto que nos ocupa son los estudios sobre la génesis de la telepatía (Luckhurst, 2002); las conexiones entre telégrafo, fotografía y espiritismo (Harvey, 2010; Enns, 2015); el uso de la magnetofonía en el registro de fenómenos paranormales (Harvey, 2013: 60) y de ondas electromagnéticas en la búsqueda de inteligencia extraterrestre (Crossley, 2011: 172 y ss.).

Coincidimos con estos autores en que dichos fenómenos, asociaciones y creencias no son episodios aberrantes de los anales de la comunicación, sino que, por el contrario, constituyen una parte relevante de estos. Y agregamos que el uso de tecnologías emergentes para contactar con una Otridad encarnada en personas, máquinas, extraterrestres, animales, ángeles y muertos propició el reencantamiento del mundo a contrapelo de la tesis weberiana de su ineluctable racionalización.

El otro cuerpo teórico que orienta el presente trabajo es la semiótica de la cultura. A diferencia de la teoría de la información de Shannon y Weaver, centrada en la transmisión de mensajes del modo más correcto y exento de ruido entre un emisor y un receptor con un código común, Yuri Lotman (1970) postula que el diálogo solo es posible entre interlocutores que manejan distintos códigos, y subordina la noción de mensaje a la de texto (la intersección creativa de lenguajes diferentes). De ahí se sigue que toda comunicación implica traducción y que el mensaje recibido siempre difiera del emitido. Más aún: mientras al informacionalismo clásico le desvela la pérdida de información por causa del ruido y de la entropía, para el citado semiólogo de Tartu el ruido contribuye a crear información y, además, identifica la entropía con la explosión: el evento imprevisto que desestabiliza los viejos sentidos y genera otros nuevos (Lozano, 1997).

En términos semióticos, la telepatía equivale a una comunicación sin mediaciones, signos e intérpretes; algo que Lotman (2017: 89) incluyó entre las posibles “relaciones extrasemiológicas entre organismos (particularmente considerables en los animales inferiores, pero que se conservan en el hombre en la forma de los fenómenos que estudia la telepatía)”. Sin embargo, en el resto de su obra jamás volvió a insistir en tales relaciones; antes bien, hizo hincapié en la decisiva diferencia entre la semiosis animal y la humana: en la primera la comunicación carece de ambigüedades pues la interpretación viene predeterminada; en la segunda se producen textos polisémicos e impredecibles. Si los animales son monoglotas, el homo sapiens es políglota (Lotman, 2005: 218).

Igual de estratégico en la semiótica de la cultura resulta el isomorfismo entre la mente humana y la semiosfera. A diferencia de las concepciones filosóficas y neurológicas que separan la mente de su entorno, para Lotman la cultura es una extensión de la mente y esta una micro-cultura (Semenenko, 2016: 500). Desde esta perspectiva, el peligro del solipsismo carece de fundamento, ya que el Yo, desde su estructuración, está siempre conectado con el medio circundante.

Con este equipamiento teórico analizaremos la idea de la comunicación psíquica sin mediaciones y las concepciones de la mente presentes en los discursos sobre esta modalidad extraordinaria de comunicación no verbal. Comenzaremos por reconstruir su trayectoria desde su constitución como “objeto científico” a finales del siglo XIX, pasando por su etiquetado como pseudociencia, su resurgimiento con las paranoias de la Guerra Fría y su integración en la tramoya de la ciencia ficción y otros géneros fantásticos, hasta concluir en su reciente transfi-

guración en “tecnotelepatía digital”, sin olvidar sus complejas relaciones con el informacionalismo.

Nuestra interpretación de la persistencia de la telepatía en el discurso público de la era informática pretende restituir a la historia de la comunicación masiva los imaginarios que estimularon la innovación técnica y modelaron los usos y las expectativas de sus partícipes. Con ella confiamos en aportar un argumento a favor de la utilidad del instrumental teórico y metodológico de la semiótica de la cultura para captar disposiciones socio-culturales inasibles a los paradigmas mediológicos de corte positivista-empirista y/o funcionalistas.

2. Análisis

2.1. El surgimiento de un concepto y sus precedentes

La telepatía irrumpe en el campo intelectual en 1882 mediante un acto de nominación: ese año, el británico Frederic Myers, un psicólogo aficionado, acuña un neologismo con los vocablos griego *telos* (lejos) y *pathos* (sentimiento). Su objetivo: otorgar rango científico a la comunicación sin intervención de los sentidos externos, presuntamente demostrada experimentalmente en 1876 por su compatriota, el físico William Barret (Efron, 1979: 1102). Myers también se apoyaba en la consideración del cerebro como “un centro de ondulaciones transmitidas en todas direcciones a través del espacio” formulada en una carta de James Thomas Knowles (1869), el fundador de la Sociedad Metafísica, entidad que buscaba reconciliar religión y ciencia, publicada en *The Spectator*.

El novedoso concepto venía precedido de un vertiginoso desarrollo de las comunicaciones, fruto de la convergencia del ferrocarril, la navegación a vapor y el telégrafo. Fue esta última innovación la que tuvo un papel decisivo en la génesis de la telepatía. Conjugando inmediatez temporal y lejanía espacial, el cable telegráfico había disociado la comunicación del transporte, posibilitado la conexión simultánea e incorpórea entre personas físicamente distantes, y fortalecido el complejo mitológico asociado a la electricidad. La impresionante fuerza inmaterial que parecía brotar de la nada había inspirado a finales del siglo XVIII la idea de un principio vital independiente de las leyes físico-químicas. Al chispazo eléctrico se le atribuyó el don de superar contradicciones sociales y obstáculos materiales, e incluso de vencer a la muerte (Carey y Quirk, 2009: 94). De sus fantásticos poderes se derivó la fama del hipnotismo, técnica que, por medio de la manipulación del presunto “magnetismo animal”, induce en una persona el “trance hipnótico”: un tipo de comunicación entre el hipnotizador y el subconsciente del hipnotizado con finalidades terapéuticas.

Sin esa mitología no se entendería el espiritismo, surgido cuatro años después de la transmisión del primer mensaje telegráfico en 1844. La comunicación con los muertos remedaba el funcionamiento del telégrafo con los golpes secos mediante los cuales, a la manera de los puntos y raya del código Morse, las almas se expresaban en las sesiones, al igual que en el estilo fragmentario y lacónico de sus mensajes, semejantes a los parcos y laxamente conexos despachos transmitidos a través de los hilos de cobre (Stolow, 2009). Apropiándose de la terminología del electromagne-

tismo, los espiritistas defendían la superioridad de la mujer como médium (esto es, medio) aduciendo que su carga eléctrica era negativa y la de los espíritus, positiva.

La telepatía se afirmó sobre ese zócalo cultural; un zócalo en cuyos estratos más hondos palpitaba el ansia de una comunión homologable a la celestial, donde “los ángeles leen cada uno la mente del otro y todos leen la mente de Dios” (Eco, 1994: 139). Despojado de connotaciones místicas por John Locke, el “sueño angelical de una compenetración espiritual mutua” (Peters, 1999: 30) avivaría el debate sobre el solipsismo en la segunda mitad del siglo XIX. La polémica, recuerda Redondo Domínguez (2009:57), giraba en torno a las siguientes cuestiones: ¿eran los individuos “mónadas inescrutables sin ventana alguna, o forman parte de un mismo fluido social que no entiende de muros ni fronteras?”; “¿cómo es posible que un *Yo* llegue a ser un *Nosotros*?”; “¿pueden dos mentes llegar a conocer la misma cosa?”. La telepatía no podía arraigar sobre un terreno mejor abonado, ni podía encontrar un público más predispuesto, pues al prometer una conexión mental directa e inmediata con el Otro, ofrecía una solución al “drama filosófico de la mediación entre un ‘yo’ y un ‘otro’, el individuo y la comunidad”.

La telepatía avanzó por la senda abierta por el espiritismo, con el cual compartía algunos rasgos. En grado similar a las sesiones mediúmnicas, la lectura de la mente se convirtió en una moda en la que se mezclaban el pasatiempo doméstico, el entretenimiento popular y la pesquisa científica. Pero les separaban notables diferencias: el médium era hablado por los espíritus mientras que el telépata era un sujeto activo, un lector de mentes; el primero convocaba a los difuntos; el segundo tendía puentes entre el universo físico y el psíquico sin recurrir a lo sobrenatural.

La recepción cultural de la telepatía se vio asimismo condicionada por el legado ambivalente del hipnotismo y su proclamado poder para controlar la voluntad de los hipnotizados: si por un lado alimentaba la fantasía romántica de la unidad total con el Otro, por el otro instilaba el terror a que la fusión entrañase la pérdida de la identidad personal (Darnton, 1968). Pero, como veremos, lo que primó en un primer momento fue el aspecto positivo de dicha ambivalencia.

2.2. La telepatía como *radio mental*

Una prioridad de la Society for Psychical Research (SPR), dedicada desde 1892 a la pesquisa parapsicológica, era explicar racionalmente la telepatía imputándola a un tipo ignoto de actividad mental, posiblemente las ondas cerebrales identificadas en animales en 1875 (en su empeño por verificar esta hipótesis el neurólogo alemán Hans Berger inventó el electroencefalograma en 1925). El descubrimiento de las ondas electromagnéticas, los rayos X y la radiactividad en las últimas décadas del siglo XX reforzó tales suposiciones. La imagen de un éter surcado por misteriosas radiaciones dio visos de credibilidad a la transmisión del pensamiento mediante una energía vibratoria no identificada. En su afán por exhibir sus credenciales científicas³, los investigadores

³ De las pretensiones científicas de la investigación psíquica da fe la invención del ensayo randomizado. Conforme a esta metodología, posteriormente adoptada por las ciencias experimentales, los participantes son asignados de forma aleatoria, minimizando así los posibles sesgos en su selección. Impulsado por Charles Sander Peirce, quien dedicó a la telepatía un artículo (1903), las pruebas comenzaban con tiradas de dados que determinaban cuándo un individuo debía sacar un naípe de una baraja, antes de indicar a un segundo individuo situado en su cercanía que adivinara la carta sacada.

de los fenómenos psíquicos llegaron a acusar a los médiums espiritistas de valerse de su intuición telepática para urdir falsos mensajes del Más Allá con los datos íntimos de sus clientes.

En esas circunstancias entró en funcionamiento el telégrafo sin hilos. Mientras el espiritismo, hemos visto, se proponía como un análogo del telégrafo terrestre, los miembros de la SPR pasaron a comparar a la telepatía con la telegrafía *wireless*. El envío de señales eléctricas a través del aire a partir de 1896 proporcionaba explicaciones de la transmisión mental en apariencias más científicas que la vetusta teoría del magnetismo animal o que el etéreo fluido universal que, de acuerdo con el espiritismo, fungía de canal comunicativo entre los vivos y los muertos.

La presunción de una acción de la mente sobre la materia distante inspiró una ristra de vocablos con el prefijo *tele*: telequinesis, teléfono, teletransporte, televisión. En un proceso de fertilización cruzada, “una maraña de teorías sobre la comunicación psíquica y espectral envolvió las tecnologías del telégrafo y el teléfono” (Luckhurst, 2000: 177), y lo mismo ocurrió con el cinematógrafo y el gramófono, capaces de reproducir impresiones recibidas a la distancia. La hipótesis telepática fue abrazada por personalidades como William Crookes, el inventor del tubo catódico; Oliver Lodge, precursor de la telegrafía sin hilos; el multifacético Francis Galton; el filósofo William James; el lógico y “padre” de la semiótica Charles Sander Peirce; el físico Lord Raleigh; y, con más recelos, por Sigmund Freud, preocupado por la competencia que la entrada directa a los misterios de la psiquis podía plantear al psicoanálisis por él promovido.

La fe en la proyección del pensamiento inspiró fantasías comunitarias; se descontaba que el acceso instantáneo a la mente del prójimo aliviaría el sufrimiento causado por la distancia (Derrida, 1988) y, como ya nadie podría ocultar nada a los demás, los malos pensamientos se verían abocados a desaparecer, sentando los cimientos de la concordia universal. Por añadidura, al superar la incompreensión idiomática y las ambigüedades de la traducción, la telepatía fomentaría la empatía con los pobres de Londres o de los países asiáticos, sostenía el citado Barrett, redoblando el impulso hacia la fraternidad humana. El biólogo y predicador evangelista Henry Drummond, conocido por reconciliar el darwinismo con la religión, pronosticó en 1894 que “la telepatía es teóricamente el próximo estadio en la evolución del lenguaje”. La contracara de esas ilusiones eran las anécdotas que circulaban, medio en broma, medio en serio, acerca de las capacidades telepáticas de indios y africanos, extremos que delataban la ansiedad de los británicos sobre su dominio colonial y la excesiva proximidad con razas juzgadas inferiores y peligrosas (Luckhurst, 2000:154), y en los que se reconoce la dualidad antes apuntada entre el deseo y el pánico a la comunicación total.

La irrupción de la tecnología *broadcasting* a principios de los años veinte sentó las bases de un modelo radiofónico de la conciencia que le valió a la telepatía el apodo de radio mental. De modo casi inevitable, algunos se plantearon construir un receptor de pensamientos. Pero los dispositivos construidos con ese propósito no cumplieron las expectativas⁴, refiere Richard Noakes (2016). Igual de decep-

⁴ Un producto colateral de la obsesión con la lectura de la mente fue el polígrafo, el detector de mentiras inventado por John A. Larson. Con la medición de la presión arterial, el ritmo respiratorio y la sudoración de las manos el artefacto pretendía determinar si una persona mentía o decía la verdad; pero sus frecuentes fallos minaron su credibilidad.

cionantes resultaron las pruebas de laboratorio con voluntarios: no confirmaron la transmisión del pensamiento ni pudieron determinar en qué parte precisa del cerebro se captaban y emitían las señales telepáticas, ni por cuáles procedimientos este órgano se las ingeniaba para distinguir los mensajes deseados de la cacofonía de ondas de las más variadas fuentes a la que estaba expuesto. En consecuencia, a partir de 1930 los británicos perdieron el interés por la telepatía, que pasó a ser vista como una pseudociencia. La excepción fue Estados Unidos (Horn, 2009): bajo la égida del psicólogo Joseph Banks Rhine, quien acuñó el término “parapsicología”, la universidad de Duke le consagró a la “percepción extrasensorial” un nicho académico que ha mantenido hasta el presente.

Lo llamativo es que el descrédito científico no acabó con la creencia popular en la lectura de mentes; más bien ocurrió lo contrario; conforme se desarrollaban los medios de comunicación masivos se gestaba un imaginario que atribuiría a la telepatía descomunales poderes persuasivos.

2.3. Telepatía e informacionalismo

Dijimos que, inicialmente, la telegrafía *wireless* aumentó la credibilidad de la telepatía, que además se benefició del aura igualitaria de la comunicación bidireccional de persona a persona garantizada por aquella (un aura que el movimiento de los radioaficionados vino a potenciar). Posteriormente, y en medida pareja, su imagen se vio empañada por la desconfianza generada por la irresistible difusión de la radiofonía, es decir, por la comunicación unidireccional de un emisor a un gran número de destinatarios. En los años treinta, su uso intensivo en la propaganda política, episodios como la psicosis marciana desatada por la emisión de Orson Welles en 1938⁵ y su empleo como instrumento de guerra psicológica en la contienda mundial desatada al año siguiente propagaron las zozobras respecto de lo que a muchos se les figuraba un todopoderoso medio persuasivo. Las inquietudes cristalizaron en la teoría de la aguja hipodérmica sobre los efectos mediáticos, dando alas a sentimientos de alarma sobre un dispositivo tenido por omnímodo.

No tardaron las prevenciones apocalípticas en ser refutadas por las teorías de los efectos débiles pergeñadas por Paul Lazarsfeld y sus colegas. Como es sabido, sostenían que la influencia de los medios se ve considerablemente limitada por el contexto social de sus destinatarios, en concreto, los grupos de pertenencia de los lectores u oyentes. La democracia podía respirar aliviada.

El optimismo de Lazarsfeld y sus seguidores frente a los *mass media* tuvo su correlato en las elaboraciones teóricas sobre la información, una categoría de reciente data que venía cobrando protagonismo al calor de la revolución en la informática. En 1949, Claude Shannon y Warren Weaver publican su teoría matemática; en 1950, Norbert Wiener presenta la cibernética, la ciencia del control de la comunicación en los hombres y los animales, infundiendo a la teoría de la información una dimensión social imbuida de un hálito utópico. En la sociedad cibernética, aventuraba Wiener, el flujo irrestricto de la información, garantizado por la retroalimentación y las má-

⁵ En la noche de Halloween de 1938, Welles y su equipo transmitieron desde la emisora CBS de Nueva York una adaptación de la novela de H. G. Wells, *La Guerra de los Mundos*, con el formato de un boletín informativo. Muchos oyentes pensaron que un ejército marciano había aterrizado en Nueva Jersey y avanzaba arrasando todo a su paso.

quinas inteligentes, posibilitaría la transparencia política (la información en poder del Estado estaría disponible a los ciudadanos) y, en última instancia, una democracia digna de su nombre.

Con velocidad fulminante, la teoría de la información se expandió a la lingüística, la antropología, la psicoterapia, la biología, la semiótica de la cultura... Cuajó así el paradigma informacionalista: un conjunto de conocimientos teóricos, saberes prácticos y aplicaciones tecnológicas que todo lo explica en función de los flujos, canales y soportes de información. La ambición de unificar epistemológicamente a las ciencias sociales y las exactas resurgió esta vez en torno a la categoría *princeps* de información. Pero lo que más impactó fuera de los claustros académicos fue la elevación de la comunicación al rango de panacea y la percepción de su carencia como un mal social y una patología psicológica. ¡Nunca puede haber demasiada comunicación!

Ahora bien, ¿cómo repercutió todo esto en la telepatía? Responder al interrogante requiere tener presente el ineludible optimismo de Shannon, Weaver y Wiener. Sus postulados rezumaban confianza en el valor intrínseco de la información, en la llegada correcta de la señal a los destinatarios, en la comprensibilidad, transparencia y eficacia de los mensajes transmitidos, y en la posibilidad de reducir el ruido y demás obstáculos. Sin proponérselo, abonaron la certeza de que la comunicación podía curar los males del Yo y favorecieron la sustitución en la cultura popular del opaco inconsciente freudiano por la visión de la mente como un ordenador cuyo mecanismo interno era conocido. La analogía aparejó importantes consecuencias, advierte Breton (1997: 153), toda vez que suprimió el eje interior/exterior de la personalidad, dando lugar a un nuevo tipo de sujeto social: el *Homo comunicans*, un ser esencialmente social con voluntad por comunicar y carente de interioridad y secretos⁶.

Juzgada desde el ángulo de la teoría de la información y del *Homo comunicans*, la telepatía posee notables méritos. En el envío de mensajes resulta imbatible; libre del ruido y de los obstáculos que tiempo y espacio interponen a la transmisión electrónica, garantiza una transferencia perfecta. Al prescindir del lenguaje verbal, sortea el intríngulis de la codificación y decodificación, pues las mentes no necesitan códigos para entenderse. Plantea, en definitiva, la posibilidad de entablar una comunicación sin pérdidas de información ni malentendidos ni discordias.

Que los teóricos de la información no fueron insensibles a tales atractivos lo sugiere un artículo del físico y cibernicista soviético I. M. Kogan (1966), en el cual, tras identificar en el campo electromagnético el canal de la comunicación telepática, aplicaba las fórmulas de Shannon a sus experimentos sobre transmisión de ondas cerebrales llevados a cabo en su país y concluía que había cuantificado la velocidad de transmisión de los mensajes telepáticos; una extraordinaria afirmación que pasó desapercibida. Mayor eco tuvieron las declaraciones de Marshall McLuhan a la revista *Playboy* en las que se mostraba seducido por los cantos de las sirenas telepáticas:

the new society will be on mythic integration, a resonating world akin to the old tribal echo chamber where magic will live again: a world of ESP (siglas de Percep-

⁶ El *Homo comunicans* puede situarse en el linaje inaugurado por Jean-Jacques Rousseau: para el filósofo ginebrino, en el estado de naturaleza primaba la espontaneidad; con la formación de la sociedad se perdió la transparencia, y la comunicación y las relaciones entre las personas se tornaron opacas.

ción Extra Sensorial en inglés, nota del autor) Electricity makes possible—and not in the distant future, either— an amplification of human consciousness on a world scale, without any verbalization at all. (McLuhan, 1969: 56)

Y al preguntarle el entrevistador si se refería a una telepatía de alcance global, McLuhan respondió:

If data feedback is possible through the computer, why not a feed-forward of thought whereby a world consciousness links into a world computer? Via the computer, we could logically proceed from translating languages to bypassing them entirely in favor of a cosmic unconsciousness somewhat similar to the collective unconscious envisioned by Bergson [...] Psychic communal integration, made possible at last by the electronic media, could create the universality of consciousness foreseen by Dante when he predicted that men would continue as no more than broken fragments until they were unified into an inclusive consciousness. (McLuhan, 1969: 57)

En esta visión de la aldea global, la conciencia colectiva imaginada por Durkheim y Bergson cobraba una forma novedosa. Las sinergias de lo telemático con lo telepático soñadas por McLuhan recuperaban las promesas de la simpatía mental hechas por los investigadores psíquicos. Sus aspiraciones, veremos más adelante, serán retomadas posteriormente por la “tecnotelepatía”.

4.2. Guerra Fría y fantasmas de la comunicación

El optimismo informacionalista coincidió con el inicio de la Guerra Fría. Mientras se gestaba la utopía de la comunicación resurgió la curiosidad del público por la telepatía, pero esta vez sus representaciones no tardaron en teñirse de pesimismo. La ilusión en una sensibilidad social reforzada por la comunicación mental cedió sitio a las aprensiones por la porosidad de la psique. Que las prevenciones apocalípticas sobre los *mass media* fueran refutadas en el plano académico no evitó su enquistamiento en el imaginario social; y las sospechas de manipulación asociadas al flujo vertical y unidireccional del modelo *broadcasting* se extendieron a la radio mental.

Las inquietudes no brotaban de la nada. El ascenso de los demagogos fascistas había resucitado los temores al hipnotismo⁷ y a la vulnerabilidad del Yo frente a la intrusión externa. En los años veinte y treinta, las narrativas populares introdujeron una nueva figura del Mal: los cerebros criminales que ejercía la hipnosis masiva a la distancia mediante telepatía —el doctor Mabuse de las películas de Fritz Lang proporciona un arquetipo—, cuya sombra ominosa se proyectó sobre la política y los *mass media*; se acusó al cine de sumir a sus audiencias en un estado hipnótico de indefensión (Bellour, 2000) y a la radio de colaborar con los aparatos de propaganda.

La mala fama adquirida por la hipnosis se sumó a la negatividad asociada a la difusión *broadcasting* para ensombrecer la reputación de la telepatía. Se barrunta

⁷ Inicialmente considerada un recurso terapéutico, la imagen de la hipnosis cambia a fines del siglo XIX: lo sugiere el elenco de hipnotizadores malévolos que irrumpen en la literatura: Svengali, el siniestro protagonista de la novela *Trilby* (1895) de George du Maurier, o el conde Drácula de la novela homónima de Bram Stoker (1897).

que, al igual que las ondas hertzianas se exponen a ser interceptadas por terceros, la compartición de los pensamientos plantea la posibilidad de su robo. La tan valorada transparencia de los flujos informativos pasa a ejemplificar los peligros de la comunicación excesiva; y a la confiada apertura de las mentes y a la disolución de las diferencias de raza y lengua se le opone la pesadilla del control mental⁸.

De la ambivalencia rinde testimonio la ciencia ficción, documento de los miedos y anhelos suscitados por la innovación científico-técnica. Numerosos relatos presentan la telepatía bajo una luz favorable, en la medida en que permite dialogar con los seres del espacio sin engorrosos “traductores universales”. La facultad telepática se evidencia en las antenas que brotan de los cráneos de los alienígenas, como si tuvieran aparatos de radio incorporados. La serie *Star Trek* (1966/1968) y el filme *Avatar* —dirigido por James Cameron y distribuido en las salas en 2009— reafirman el tópico del extraterrestre telépata. En la vertiente literaria del género no faltan aventuras con ondas mentales; véanse la gran mente interplanetaria formada por una red de criaturas diseminadas por las galaxias en *Star Maker* (Stapledon, 1937) o los neandertales telépatas de *The Inheritors* (Golding, 1955). Dan a entender que la telepatía es un potenciador de la empatía con el Otro y un inhibidor de los impulsos agresivos, y presuponen órganos cerebros similares en ambas partes, pues de no ser así difícilmente podrían entenderse.

Otras narraciones escenifican el terror a la comunicación total (García Landa, 2004). En lo más álgido del macartismo, el escritor y experto estadounidense en guerra psicológica, Paul Linebarger (alias Cordwainer Smith) describe regímenes especializados en manipular cerebros a la distancia. El mencionado Stapledon (1947), que antes de la Segunda Guerra Mundial exaltaba el vínculo telepático de sus felices comunidades cósmicas, ahora alerta que la transferencia del pensamiento deviene fácilmente en instrumento de control o puede precipitar en la locura (Goodwin, 2014). Y en *The Demolished Man* (1962), Alfred Bester despliega un cuerpo de detectives telépatas encargado de sondear el inconsciente de los sospechosos. Por no hablar de las invasiones e intrusiones mentales y pérdida de la autonomía personal que abundan en la obra de Philip K. Dick.

Adviértase que las referencias a la telepatía no son exclusivas de la ciencia ficción. En la prensa circularon extremos inquietantes referidos a investigaciones telepáticas supervisadas por la CIA; lo ejemplifican los experimentos que se habrían ejecutados en 1959 a bordo del submarino estadounidense *Nautilus*, una patraña periodística que tuvo el efecto de desencadenar el programa soviético en percepción extrasensorial con fines de espionaje (Lemon, 2017). En estos rumores el cerebro se convierte en un arma, y las ondas cerebrales que transportan los mensajes telepáticos aparecen como un canal expuesto a intercepciones al igual que un cable telefónico.

Los discursos de la ficción y del periodismo coinciden en el deseo de una inmediatez completa y en el temor a una cercanía amenazadora, con énfasis en los fallos de la comunicación y en las filtraciones. La presentación de la mente como un arma y un campo de batalla remite a la lucha ideológica de la época, tanto en el marco del conflicto Este/Oeste (el lavado de cerebro, en concreto, servía de coartada para atri-

⁸ La impronta de esos temores es visible en el *lavado del cerebro*. Epítome de las técnicas coercitivas de persuasión, fue imputado a los designios comunistas, y luego a la publicidad y a las terapias de reinserción al uso en el *mundo libre*.

buir la expansión mundial del comunismo a su control mental de las masas) como en el seno de la cultura estadounidense, en donde David Riesman et al. (1950) perfeccionaron el concepto del “hombre heterodirigido” (un pelele manejado por la publicidad, las relaciones públicas y la propaganda) para alertar contra la erosión del Yo en la sociedad de masas .

Los peores escenarios daban un mentís a las esperanzas del informacionalismo. Lejos de auspiciar la comunidad universal, la comunicación total se pone al servicio de las policías del pensamiento; y la telepatía se vuelve receptáculo de los miedos a la despersonalización y a la pérdida de autonomía individual que desvelan a la sociedad liberal, presa de la paranoia anticomunista y perturbada por “avances” como la lobotomía —una modalidad legal de lavado de cerebro—. En ese contexto, la telepatía y el paradigma informacional se perfilan como las dos caras de la misma moneda: el momento paranoico y el momento científico del culto a la información.

En tiempos recientes, la indagación científica en telepatía ha revivido gracias al desarrollo de Internet, el avance de la neurología, las técnicas de diagnóstico cerebral y las exageraciones en cuanto a la capacidad de los escáneres para “visualizar” el pensamiento. Sheldrake (2006) informa de un experimento coordinado desde un sitio web, cuyos participantes identificaron a los remitentes de emails anónimos con un nivel de acierto superior al aleatorio. Grau et al. (2014) aseguran haber probado que la comunicación cerebro a cerebro es posible entre personas conectadas a la Red. Si bien la práctica en uso exige que estos resultados sean repetidos y verificados por otros investigadores antes de que puedan tomarse como válidos, por lo pronto nos informan de un nuevo avatar de la comunicación mente a mente, aunque mediada por la informática. Que esta idea trasciende a los laboratorios lo prueba en 2015 Mark Zuckerberg, el creador de Facebook, cuando, en la senda abierta por McLuhan, pronostica que, en pocas décadas, los miembros de las redes sociales intercambiarán pensamientos tal como hoy comparten comentarios, música y fotografías (Dewey, 2015).

A nuestro modo de ver, si algo demuestran estos ensayos y previsiones es que, una vez más, la introducción de una tecnología prometedora (Internet en esta ocasión) reactiva el deseo de una comunicación absoluta y sin obstrucciones. La “tecnotelepatía” es congruente con las promesas de contacto directo y supresión de toda clase de mediaciones características de la ideología cibernauta, de la cual el ideal de transparencia total es una de sus manifestaciones. Es esta asociación y no la realidad empírica de la telepatía lo que a la semiótica le interesa explorar.

5. Discusión: el sueño de la comunicación sin mediaciones

El itinerario de la telepatía, a caballo de la neurología y las pseudociencias, ha puesto de manifiesto determinadas manifestaciones que adoptó el dilema entre el solipsismo y la comunicación plena conforme se desenvolvían las tecnologías de la comunicación. El arte del alto modernismo de posguerra dramatizó el primer polo de la antinomia (los temas de la incomunicación y de la desintegración del lenguaje cultivados por el existencialismo y el teatro del absurdo); las teorías de la información y la transmisión mental del pensamiento potenciaron la creencia en el segundo.

Antes de entrar en sus connotaciones culturales, nos detendremos en la problemática semiótica que plantea el concepto de comunicación psíquica. Ya advertimos que la comunicación directa, sin mensajes materiales ni signos identificables, niega la necesidad de interpretación por parte de un receptor activo postulada por Lotman; e ignora igualmente la corporalidad de la cognición y de la comunicación, defendida por Peirce cuando decía que “la mente no es un fenómeno psicológico equivalente a la consciencia, sino que es siempre una mente en un cuerpo” (cit. en Montes, 2016:187). Quienes se comunican son seres con mentes y cuerpos: son “sujetos-corporales”. El cuerpo, apuntó Maurice Merleau-Ponty, no es el mero portador de la conciencia, pues nuestro aparato sensorial es el primer medio que nos comunica con el mundo.

A este entendimiento se opone la tradición de platónica memoria que separa tajantemente cuerpo y mente, y apuesta por la comunicación inmaterial. La antigua aspiración del espíritu por liberarse de su encarnadura mortal reaparece en los discursos que expresan la pugna de la mente por liberarse a través de “ondas cerebrales” del cráneo que la mantiene encerrada. Dicha tradición soslaya que la comunicación, por intensa y genuina que sea, solo pueda darse como “mediatez”. El anhelo por abolir la distancia y fusionar las almas mediante la comunicación —un anhelo de inmediatez— niega las limitaciones físicas y psíquicas que impone la realidad.

Su impronta es visible en las teorías que entienden la información como una cifra que navega a través de un mar de probabilidades, desligada de los sujetos corporales que la intercambian. Si lo esencial es la información, como postulan sus defensores, y la información es inmaterial, el cuerpo no es esencial. En este paradigma la información equivale al pensamiento; y la mente, a una máquina inteligente. Con sus interlocutores incorpóreos, la telepatía aceleró la tendencia a separar el cuerpo de la mente en el proceso comunicativo, cuya última expresión es la visión transhumanista de la mente como un conjunto de datos susceptibles de cargarse o descargarse de una nube.

Agreguemos que la confianza en que las mentes pueden entenderse al margen de sus diferentes códigos lingüísticos denota una notable ingenuidad semiótica, manifiesta en la consideración del pensamiento como una actividad prelingüística, y según la cual el lenguaje sería opaco y el pensamiento transparente. Bien apunta Mossop (2014: 2-3) que la hipótesis telepática ve en el lenguaje

una pura externalidad, más bien como una línea telefónica: una secuencia de sonidos o letras que sirven para transferir conceptos universales de un cerebro a otro. Los escritores que invocan la telepatía olvidan que incluso si existiera un ‘lenguaje del pensamiento’ universal que operase por debajo del nivel de la conciencia, e incluso si el pensamiento pudiera proyectarse a través del espacio, solo podríamos darnos cuenta del pensamiento en algún lenguaje particular u otro sistema semiótico. De modo que si el receptor del mensaje telepático no conoce el lenguaje del emisor, habrá que realizar un trabajo de traducción en algún momento del proceso de transmisión.

Igual de cándida se nos antoja la premisa de que el diálogo mente a mente procede conforme a las pautas habituales, ignorando que, como apuntaba Eco (1994: 139), en tal circunstancia, “la estructura interaccional de pregunta y respuesta no tendría ningún sentido”, pues ¿para qué molestarse en preguntar si se tiene acceso

inmediato a lo que piensa o sabe el interlocutor? Por último, la cuestión antes referida —y nunca respondida— de la capacidad discriminadora del telépata presenta la paradoja de una comunicación que pretende abolir las distancias y se ve forzada a distanciarse de los mensajes no deseados para evitar la “saturación telepática”. No sabemos si la telepatía viola las leyes de la física, pero sí que subvierte los cimientos de la semiótica.

En cuanto a sus connotaciones culturales, queda claro que estamos ante un síntoma del apremio por comunicarse a toda costa, una vieja aspiración data que las expectativas cifradas en las nuevas tecnologías amplificaron en medida pareja al miedo a las consecuencias no deseadas de la infomanía. El incremento perceptivo obtenido gracias a la telepatía —un signo de progreso espiritual para los victorianos— tiene su actual parangón en la mayor sensibilidad hacia otras culturas y la empatía con el prójimo que se espera de la comunicación digital entre los usuarios.

A pesar de su inconsistencia semiótica y de la falta de un refrendo empírico, la telepatía no ha desaparecido del ámbito científico, ni del habla coloquial, ni de la ficción. Que, pese a los resquemores, el sueño de la comunicación sin mediaciones se mantenga vivo en nuestro entorno ultratecnificado habla a las claras de la persistencia del anhelo de la comunión absoluta con el Otro.

No debe sorprendernos. Más se agudiza la disolución de los vínculos afectivos y sociales entre las mónadas del orden neoliberal y más se dispara la sensación de avasallamiento de la esfera privada por parte del Estado y de los buscadores de datos, más cobra fuerza la avidez por una total intimidad y ligazón con el prójimo mediante dispositivos que, prometiendo el estado de gracia de la inmediatez, calmen la angustia sentida ante la imposibilidad del contacto real entre individuos

La telepatía ha propiciado discusiones sobre la naturaleza de la mente; aquí hemos visto que a la vez introduce cuestiones sobre la índole de la comunicación humana; preguntas que, al igual que las respuestas de los partícipes en el debate, iluminan la dimensión cultural de las tecnologías implicadas y ayudan a entender las expectativas colectivas ante la sociedad de la información.

6. Referencias bibliográficas

- Bellour, Raymond (2009). *Le corps du cinéma: Hypnoses, émotions, animalités*. P.O.L.
- Bester, Alfred (1953). *The Demolished Man*. Shasta Publishers.
- Bolter, Jay David; Grusin, Richard (1999). *Remediation. Understanding New Media*. The MIT Press.
- Breton, Philippe (1992). *L'Utopie de la communication*. Editions de La Decouverte.
- Breton, Philippe (2005). “L'Homme Virtuel o l'homme «sans intérieur»”. En C. Hervé & J. Rozenberg (eds.) *Vers la fin de l'homme*. Éditions du Bock Université, 145-156.
- Carey, James W. (2009). “Technology and Ideology: The Case of the Telegraph”, *Communication as Culture: Essays on Media and Society*. Routledge, 155-177.
- Carey, James W. (1989). *Communication as Culture*. Unwin Hyman.
- Crossley, Robert (2011). *Imaginig Mars: a Literary History*. Wesleyan Univ. Press.
- Darnton, Robert (1968). *Mesmerism and the End of the Enlightenment in France*. Harvard University Press.
- Derrida, Jacques (1988). “Telepathy”, *Oxford Literary Review*, 10 (1), 3-41.

- Dewey, Caitlin (2015, 1 de julio). Mark Zuckerberg says the future of communication is telepathy. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/news/the-intersect/wp/2015/07/01/mark-zuckerberg-says-the-future-of-communication-is-telepathy-heres-how-that-would-actually-work/>
- Eco, Umberto (1994). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Crítica.
- Du Maurier, George (1894) *Trilby*. Rook Books.
- Efron, David (1979). “Semiotics and Telepathy”. En S. Chatman, U. Eco & J. M. Klinkenberg (eds.) *A Semiotic Landscape (Approaches to semiotics)*. Mouton de Gruyter, 1102-1108.
- Enns, Anthony (2015). “Spiritualist Writing Machines: Telegraphy, Typtology, Typewriting”, *communication +1*, 4 (1), 1-27.
- García Landa, José Ángel (2004). “An Apocalypse of Total Communication: Utopian and Dystopian Perspectives in Star Maker and The Matrix”. En Constanza del Río-Álvaro y Luis Miguel García-Mainar (eds.) *Memory, Imagination and Desire in Contemporary Anglo-American Literature and Film*. Universität Verlag Winter, 253-268.
- Giblett, Rod (2008). *Sublime Communication Technologies*. London: Palgrave MacMillan.
- Golding, William (1955). *The Inheritors*. Faber and Faber.
- Goodwin, Jonathan (2014). “Telepathy and Cosmic Horror in Olaf Stapledon’s “The Flames.” *Journal of the Fantastic in the Arts*, 25 (1), 78-92.
- Grau, Carles et al. (2014). “Conscious Brain-to-Brain Communication in Humans Using Non-Invasive Technologies”, *PLOS ONE*, 9 (8).
- Green, Adam (2019). “Belief System”, *The New Yorker*, October 7th, 26-33.
- Harvey, John (2010). *Fotografa y espíritu*. Alianza.
- Harvey, John (2013). “The Ghost in the Machine: Spirits and Technology”. En Olu Jenzen & Sally R. Munt (eds.) *The Ashgate Research Companion to Paranormal Cultures*. Routledge, pags. 51-64.
- Horn, Stacy (2009). *Unbelievable: Investigations into ghosts, poltergeists, telepathy, and other unseen phenomena, from the Duke Parapsychology Laboratory*. Harper Collins Publishers.
- Knowles, James. (1869) “Brain Waves: a Theory”, *The Spectator*, 30th January, disponible en: <http://archive.spectator.co.uk/article/30th-january-1869/11/brain-waves-a-theory>
- Kogan, Igor (1968). “Information Theory Analysis of Telepathic Communication Experiments”, *Radio Engineering*, 23 (3), 122-125.
- Lemon, Alaina (2017). *Technologies for Intuition: Cold War Circles and Telepathic Rays*. University of California Press.
- Lotman, Yuri M. (1970) “La estructura del texto artıstico”, Akal (2011).
- Lotman, Yuri M. (1996). “Acerca de la semiosfera”, en Lotman, Y. M. (edición de Desiderio Navarro), *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto* (pp. 21-42). Cátedra.
- Lotman, Yuri M. (2017 [1998]) “Arte como lenguaje”. *Amoxcalli*, 2 (3), págs. 85-126.
- Lozano, Jorge (1997) “Traducir lo intraducible”, *Revista de Libros*, 10, 36-37.
- Luckhurst, Roger (2002). *The invention of telepathy, 1870-1901*. Oxford Univ. Press,
- Mattelart, Armand (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Paidos.
- McLuhan, Marshall (1968). “An Interview with Marshall McLuhan”, *Playboy Magazine*, March, 53-74.
- Montes, María de los Ángeles (2016). “De la semiótica de las pasiones a las emociones como efectos: la dimensión afectiva vista desde una mirada pragmatista”. *Linguagem em (Dis)curso*, 16 (1), 181-201.
- Mossop, Brian (1996). “The Image of Translation in Science Fiction & Astronomy”, *The Translator*, 2 (1), 1-26.

- Moulton, Samuel & Kosslyn, Stephen (2008) "Using Neuroimaging to Resolve the Psi Debate". *Journal of Cognitive Neuroscience*, 20 (1), 182-192.
- Musso, Pierre (1997). *Télécommunications et philosophie des réseaux. La postérité paradoxale de Saint-Simon*. PUF.
- Noakes, Richard. (2016). "Thoughts and spirits by wireless: imagining and building psychic telegraphs in America and Britain, circa 1900-1930", *History and Technology*, 32 (2), 137-158.
- Peirce, Charles. (1958 [1903]). "Telepathy and Perception". En *The Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vol. VII. Harvard University Press, 359-397.
- Peters, John Durham (1999). *Speaking into the Air*. Chicago University Press.
- Rabeyron, Thomas (2020) "Why Most Research Findings About Psi Are False: The Replicability Crisis, the Psi Paradox and the Myth of Sisyphus", *Frontiers in Psychology*, Vol. 11.
- Redondo Domínguez, Ignacio (2009). *El signo como medio*. Tesis doctoral disponible en: <https://www.google.com/search?client=firefox-b-d&q=www.unav.es+%E2%80%BA+gép+%E2%80%BA+TesisDoctorales+%E2%80%BA+TesisIgnacioRedondo> [22/02/2022].
- Riesman, David.; Glazer, Nathan; Denney, Reuel (1950). *The Lonely Crowd*. Yale University Press.
- Sconces, Jeffrey (2000). *Haunted media: electronic presence from telegraphy to television*. Duke University Press.
- Seefd David (2004). *The Fictions of Mind Control: A Study of Novels and Films since World War II*. The Kent University Press.
- Semenenko, Aleksei (2016). "Homo polyglottus: Semiosphere as a model of human cognition", *Sign Systems Studies*, 44 (4), 494-510.
- Sheldrake, Rupert & Smart, Pamela (2006). "Testing for telepathy in Connection with Emails", *Perceptual and Motor Skills*, 101 (3), 771-86.
- Stapledon. Olaf (1937). *Star Maker*. Methuen Publishing.
- Stapledon, Olaf (1947). *The Flames: A Fantasy*. Secker and Warburg.
- Stoker, Bram (1987). *Dracula*. Archibald Constable and Company.
- Stolow, Jeremy (2009). "Wired Religion: Spiritualism and Telegraphic Globalization in the Nineteenth Century". En John Weaver & William Coleman (eds.) *Empires and Autonomy: Moments in the History of Globalization*, UBC Press, 77-92.
- Thurschwell, Pamela (2001). *Literature, Technology and Magical Thinking, 1880-1920*. Cambridge University Press.